

## LA MUJER ADÚLTERA

### Meditación – 2024

Nos ponemos en presencia del Señor.

Ven, Espíritu Santo, llena los corazones de tus fieles y enciende en ellos el fuego de Tu amor. Envía Tu Espíritu y serán creadas y renovarás la faz de la tierra.

Oremos:

¡Oh, Dios! que has instruido los corazones de tus fieles con la luz del Espíritu Santo, concédenos que sintamos rectamente y gocemos siempre de Su divino consuelo, por Jesucristo Nuestro Señor. Amén.

En el Nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo. Amén.

### Introducción

San Ignacio de Loyola, en la Primera Semana pone distintas meditaciones o ejercicios, desde los Tres Pecados, la consideración de los Pecados Propios, la meditación sobre el Infierno; y pone luego, también, algunas otras meditaciones para que el ejercitante pueda entrar, verdaderamente, en ese coloquio de misericordia con el Señor. Por eso pone repeticiones; y la tradición ignaciana posterior, ha añadido algunas otras meditaciones, como la consideración sobre la Muerte. Y en esa clave, me parece que puede ayudar, para vivir estos Ejercicios Espirituales, realizar la meditación de la mujer sorprendida en adulterio.

Un poco en esa perspectiva de repetición, de recoger, que no se trata simplemente de volver a hacer los ejercicios que previamente ya se han realizado, sino que se trata de volver a penetrar, a profundizar, en eso que San Ignacio busca en esta Primera Semana, que es el arrepentimiento de los pecados y el encuentro con Cristo misericordia para, a partir de ahí, poder realizar la configuración con el Señor.

Previamente, me gustaría contar una anécdota que recuerdo. Antes de ser sacerdote, yo creo que quizás ya había entrado al seminario, fui a una Misa en la que tocó la lectura de este Evangelio y el sacerdote simplemente dijo una frase, pero es una de las homilias más breves y más profundas que he escuchado, porque al acabar el Evangelio simplemente dijo: ¡qué impresionante es la misericordia del Corazón de Jesús, que incluso sus amigos la conocían y querían usarla contra Él! A mí me parece que esa es la perspectiva que nosotros debemos tomar, también, en este rato de meditación, para contemplar esa misericordia del Corazón de Jesús.

## ACTOS PREPARATORIOS

### Oración preparatoria:

[46] La oración preparatoria es pedir gracia a Dios nuestro Señor, para que todas mis intenciones, acciones y operaciones sean puramente ordenadas en servicio y alabanza de su divina majestad.

### 1º preámbulo: La historia (Jn 8, 1-11).

En este caso es la mujer, que sorprendida en adulterio, es acusada por escribas y fariseos; y cómo el Señor, en ese diálogo sorprendente con los fariseos y luego con la mujer, termina mostrando, también, esa misericordia que era el distintivo de Su Corazón.

### 2º preámbulo: Petición

[48] El segundo es demandar a Dios nuestro Señor lo que quiero y deseo.

Yo os invito a que, en esta meditación, lo que le pidáis al Señor, muy de veras, sea encontrarse, con ese corazón, con ese Sagrado Corazón, que nos perdona y que nos invita a seguir adelante.

### 3º preámbulo: Composición de lugar

Que no se trata, simplemente, de sujetar lo que es el entendimiento o la imaginación; sino, sobre todo, de vivir la escena desde dentro.

Nosotros, cuando contemplamos el Evangelio, siempre tenemos que evitar tener como esa dispersión, o pensar que son historias que nada tienen que ver con nosotros, y San Ignacio, con profunda intuición espiritual, nos dice: «Hagamos esa composición como si presente me hallase». Vamos, pues, a ese lugar, a Tierra Santa, donde tiene el encuentro, y vamos viviendo la escena para identificarnos con la mujer.

Leo el texto de la traducción del padre Iglesias, que es muy adecuada y, después de eso, vamos a ir haciendo algún comentario que os pueda servir para rezar.

Dice el Evangelio de San Juan:

«Al amanecer, se presentó de nuevo en el Templo, y todo el pueblo iba a Él, y después de sentarse, los instruía. Por su parte, los escribas y los fariseos llevan a una mujer sorprendida en adulterio y poniéndola en medio le dicen: “Maestro, esta mujer ha sido sorprendida en flagrante delito de adulterio. Ahora bien, en la Ley de Moisés, nos ordenó apedrear a este tipo de mujeres; así que, Tú, ¿qué dices?”. Eso lo decían tentándolo para poder acusarlo: Pero Jesús, inclinándose hacia abajo, escribía en el suelo con el dedo, y como ellos seguían preguntándole, se incorporó y les dijo: “El que de vosotros sea inocente, empiece a apedrearla”. Y agachándose de nuevo, seguía escribiendo en el suelo. Por su parte, ellos al oírlo, iban saliendo uno tras otro, empezando por los más ancianos, de modo que quedó solo Jesús y la mujer, que estaba en medio. Jesús incorporándose le dijo: “Mujer, ¿dónde están? ¿Ninguno te condenó?”, y ella dijo: “Ninguno, Señor”. Entonces Jesús dijo: “Tampoco yo te condeno. Anda, y a partir de ahora, ya no peques más». (Jn 8, 2-11)

Es un texto, como veis, sorprendente, muy profundo, también misterioso; y en lo que vamos a contemplar en esta escena, vamos a hacer dos momentos. Para vivirlo en profundidad, nosotros tenemos que entrar ahí, en la escena. Ojalá que nosotros nos identifiquemos con esta mujer pecadora, que se encuentra condenada por los hombres y, además, ¡atención!, porque se encuentra condenada por los hombres con justa razón, no para ser lapidada, pero sí para recibir un castigo por una injusticia y un pecado grave que había cometido. Nosotros tenemos que ser como esa mujer; es decir, ser conscientes de que hemos pecado, de que nos hemos apartado del Señor, de que mereceríamos un castigo; y en ese momento, cuando parece que se va a aplicar, rígidamente, la justicia contra nosotros, entonces nos encontramos con Jesús.

Creo que, también, puede ser bonito pensar no sólo en el encuentro con Jesús, que ahora podemos tener, sino pensemos, también, en esos encuentros con Jesús que hemos tenido a lo largo de nuestra vida. Siendo como la mujer, nos encontramos con Jesús, y a ver qué significa ese encuentro con Él, para tener ese diálogo profundo de misericordia.

## CUERPO DE LA CONTEMPLACIÓN

### Respuesta de justicia

Vamos a ese primer momento que es el diálogo de Jesús con los fariseos. Es curioso, porque los escribas y los fariseos, con astucia, quieren tenderle a Jesús una trampa pues quieren poner la misericordia de Jesús contra Él mismo. El Señor predicaba esta buena noticia, estas palabras nuevas, que traían el perdón de los pecados; y esa misericordia de Su Corazón era algo universalmente reconocido, podríamos decirlo de esa manera. Es decir, la gente que lo veía, descubría ese corazón tierno, dispuesto al perdón y, lo que es sorprendente, y esto nos tiene que llamar un poco la atención, es que los fariseos quieren usar esa misericordia contra Él mismo.

¿Cuál es la situación? Si Jesús, haciendo gala de Su misericordia, perdona a la mujer adúltera, que es verdaderamente pecadora y no es simplemente, como dice el Evangelio, una mujer de mala fama, sino que dicen que ha sido sorprendida en flagrante adulterio, es decir, la han descubierto en el mismo acto de pecado, es patente su crimen, su injusticia. Si Jesús perdona a la mujer adúltera, va contra la Ley de Moisés, porque la Ley de Moisés estableció un código de conducta de castigos para los pecados. Si una mujer era adúltera, debía recibir el castigo. Entonces, si el Señor perdona, va contra la Ley de Dios dada al pueblo de Israel, en el Sinaí, por medio de Moisés; pero, si por otra parte, el Señor condena a esta mujer adúltera aplicando la Ley, entonces, la misericordia que predicaba era falsa y, por tanto, su mensaje del Amor Divino quedaría totalmente desacreditado.

Fijaros esa trampa que le ponen los escribas y fariseos al Señor; y, en este punto, ya nos podemos detener algún momento, contemplar cuán bueno es el Corazón de Jesús. Pensad un momento, que si hasta los enemigos de Cristo reconocían su misericordia, ¿cómo nosotros vamos, alguna vez, a poder dudar de ella? Por eso, que se nos grave profundamente en el alma: **Jesús quiere mi salvación más de lo que yo mismo la**

**quiero**; es decir, Jesús es el Dios bueno que quiere que nosotros podamos entrar en su intimidad y podamos vivir eternamente con Él en el Paraíso.

Aquí, en este punto, nos podemos sorprender de cuánta tendría que ser esa misericordia del Señor, que hasta sus enemigos la querían usar contra Él; y por tanto, si sus enemigos la reconocían, ¿cómo nosotros vamos a dudar de ella?

¿Qué es lo que ocurre? Han acusado a la mujer, le han querido poner esta trampa y el Señor, sin embargo, calla y se pone a escribir en el suelo. También es un momento muy sorprendente, porque la situación es grave; pero Nuestro Señor se toma su tiempo; probablemente está muy dolido por la dureza de sus corazones. Pero, pensad un momento, que la situación es de una muchedumbre de hombres indignados, que quieren apedrear a una mujer que ha sido sorprendida en un grave delito; y sin embargo, el Señor, ¿qué es lo que hace?, se pone a escribir en el suelo y calla.

Es simpático, también, porque uno puede pensar: ¿qué escribiría en el suelo? Es un misterio y no vale la pena detenerse en intentar adivinarlo. Pero bueno, también es bonito pensar esa humanidad de Nuestro Señor, cosas concretas, intentar estar presente en la escena con todo lo que eso significa.

El Señor calla y los fariseos siguen insistiendo; y le siguen presionando para que se decante, por decirlo así, a favor o del castigo o de la misericordia. Entonces, el Señor se levanta y, ante la insistencia, da esta respuesta, que ha pasado a formar parte casi de lo que es la sabiduría popular, y dice: *«Quien esté libre de pecado, que tire la primera piedra»*. Y esto, es una palabra muy sorprendente y muy fuerte, porque lo que está diciendo es que, bueno, si es que hay que castigarla, quien esté libre de pecado, que tire la primera piedra.

Y, ¿qué es lo que ocurre? Lo que está diciendo el Señor es, que la mujer que acusaban, era realmente culpable; pero lo que el Señor está manifestando es, que aquellos que la acusaban, también eran culpables, también ellos eran reos de castigo; y por eso, este primer momento de la escena, se puede llamar “la respuesta de justicia”; es decir, el Señor, por decirlo así, toma lo que es la acusación de los fariseos y, entonces, manifiesta hasta dónde puede llegar. Si es que la mujer es culpable, la mujer merece castigo; pero si es que alguien va a ejercer el castigo, ¡atención!; porque aquellos que ejerzan el castigo, también pueden ser culpables, quizás no del mismo pecado, pero de otros que merezcan también una pena justa. Por eso, el Señor, cuando dice: *«Quien esté libre de pecado, que tire la primera piedra»*, fijaros, es que es muy tremenda la respuesta, porque está reconociendo que la mujer es culpable; pero les está preguntando también a ellos, a los escribas y fariseos, cuál es su situación; y lo que ellos comprenden, es que ellos también son culpables.

Lo que es sorprendente en este diálogo, cuando el Señor dice: *«Quien esté libre de pecado, que tire la primera piedra»*, [es que] el Señor, que está libre de pecado, no arroja ninguna; y el Señor tampoco condena ni a la mujer, que era culpable, ni a los escribas y fariseos, que también lo eran. Por eso, en esta respuesta, lo que hace el Señor es, simplemente, manifestar que ellos también son pecadores, no son mejores que la mujer sorprendida en adulterio, aunque quizás sus pecados sean de otro tipo y, por eso, cuando da esta respuesta, confunde a los acusadores en su acusación.

Jesús da una respuesta de justicia, es verdad. El pecado merece su castigo; pero, si todos son pecadores, ¿quién puede administrar la justicia? Si la condición de la mujer es la condición de todos, entonces, ¿por qué queríamos, nosotros, que otro recibiera el castigo, cuando también nosotros lo vamos a recibir?

Por eso, os decía al principio que, cuando hagamos esta meditación, nos identifiquemos con la mujer pecadora, porque esa identificación no es una ficción piadosa, no es simplemente «bueno, para que la meditación resulte, voy a ponerme en ese caso concreto»; sino que, la identificación con la mujer pecadora, es una profunda realidad en nuestra vida. El Señor nos ha perdonado y todos nosotros somos pecadores, como mínimo el pecado original; y, luego, durante la Primera Semana, uno también va recorriendo todo lo que son los pecados propios y uno se va dando cuenta de que, efectivamente, el pecado ha estado presente en nuestra vida y, sin embargo, el Señor perdona.

Cuando el Señor dice: *«El que esté libre de pecado, que tire la primera piedra»*, se produce, también, una reacción muy sorprendente; porque el Señor confunde a los escribas y fariseos, y les manifiesta que ellos también son pecadores. Y, ¿cuál es la respuesta de los fariseos?; es decir, ¿cómo reaccionan a esa palabra del Señor? Dice el Evangelio que uno a uno, poco a poco, todos se van yendo, comenzando por los más ancianos. Y esto es algo que a mí me produce mucha sorpresa, porque ellos reconocen su pecado; pero, ¡atención!, porque ellos no perdonan. Reconocen que la misma justicia que quieren aplicar sobre la adúltera puede caer sobre ellos; pero en lugar de acogerse a la misericordia del Señor, (porque habían ido a Jesús, porque habían reconocido Su misericordia), en lugar de quedarse delante Suo y esperar el perdón, lo que hacen es huir de Él. No se atreven a ofrecer su pecado a Dios, y esto es algo que desgarrá interiormente.

Yo me imagino que el Señor sufriría profundamente al ver esta reacción; porque todos los escribas y fariseos, que estaban en la escena, fueron al Señor porque reconocieron Su misericordia y, sin embargo, cuando se dan cuenta de que ellos también son objeto de misericordia, porque ellos también son pecadores, en lugar de presentarse a Dios y decirle: «Señor, perdóname. Jesús, ten misericordia de mí», lo que hacen es, poco a poco, uno a uno, todos se van yendo. Esto es algo que nos puede sorprender en los escribas y fariseos; pero también nosotros podemos pensar que, en algunas ocasiones, hemos actuado de la misma manera. Nosotros muchas veces ofendemos a Dios. En la Primera Semana, uno contempla la propia vida y se da cuenta de las infidelidades ante ese don absoluto del Amor Divino y, entonces, la pregunta es, ¿nosotros somos como los fariseos, o como Adán, que se ocultan y se apartan de Dios por no presentarle su pecado; o somos como la mujer adúltera que nos quedamos a los pies del Señor para que Él pronuncie la sentencia de misericordia?

Qué astuto es el demonio que nos quiere impedir que presentemos al médico nuestra herida, como si Él nos rechazara porque estamos enfermos; y esto es lo que los fariseos y escribas no comprendieron. Ellos se reconocieron pecadores, pero fueron incapaces de presentarle su miseria, su pecado, su enfermedad, al Médico Divino.

Hay una anécdota de San Jerónimo, un Santo de los primeros siglos de la Iglesia, del siglo IV-V, un gran estudioso de la Sagrada Escritura, fue el que tradujo al latín, la versión griega del Antiguo y Nuevo Testamento. Fue verdaderamente un hombre muy admirable, muy penitente. Se fue a vivir a Belén, a las cuevas, para estar cerca de ese Misterio de Navidad. Cuenta la anécdota que, en un momento, se le apareció el Señor a San Jerónimo y le preguntó: «*Jerónimo, ¿qué me ofreces?*» Y entonces Jerónimo, con mucha generosidad y con un deseo de realmente darle al Señor lo que tenía, le dice: «Señor, pues te ofrezco estas traducciones que he hecho, el trabajo de mi vida, a lo que he dedicado mis mejores años; todo esto, Señor es para Ti». Y el Señor le dice: «*Muy bien, Jerónimo, gracias por tu oferta; pero, ¿qué más me das?*» Y entonces Jerónimo dice: «Señor, yo me he venido a vivir a estas cuevas de Belén, estoy realizando mucha penitencia, te ofrezco también todos los sufrimientos de mi vida, te ofrezco estas penalidades, los ayunos, todos los sufrimientos, todo esto, Señor, para Ti». «*Muy bien, Jerónimo, te acepto las penitencias; pero, ¿qué más me das?*» Entonces, Jerónimo empezó a decir: «Te ofrezco las pocas riquezas que tengo, la verdad es que es muy poco; pero bueno, los bienes que tenga, también te los ofrezco». «*Muy bien, Jerónimo; pero, ¿qué más me das?*» Así fue continuando el diálogo durante un tiempo y, en un momento, Jerónimo le dijo: «Mira, Señor, es que te lo he ofrecido todo, ya no sé qué más ofrecerte». Y, entonces, el Señor, con ternura, le dice: «*Mira, Jerónimo, ya me has ofrecido todo y por todo eso te lo agradezco; pero, ahora, ofréceme, también, tu pobreza y tu pecado, para que yo lo pueda llenar de Mi misericordia*».

Esa es la actitud, en el fondo, que nosotros debemos tener. Como Jerónimo, como la mujer adúltera, nosotros debemos, sencillamente, reconocer nuestro pecado, reconocer nuestra enfermedad y presentársela al Señor.

### **Misericordia.**

Por eso, después de este diálogo o después de esta respuesta de justicia, viene lo que es el punto central de este Evangelio, que es la respuesta de misericordia. Llegamos a ese segundo momento, y es lo que da sentido a todo el pasaje, y lo que nos puede hacer mucho bien aplicárnoslo a nosotros mismos.

Si os fijáis, el Señor habla dos veces en este pasaje, la primera con los fariseos, y les muestra cuál es la exigencia de la justicia y cómo todos están prisioneros de ella. Ante un pecado, ante un mal, hay una respuesta o castigo proporcionado. Y esa es la primera palabra que el Señor da a los fariseos y que les confunde en su acusación. Pero no es la única palabra de este Evangelio porque, cuando los fariseos y los escribas se van, la mujer permanece ahí, a los pies de Jesús y, entonces, viene esta segunda palabra, este segundo diálogo que tiene con la mujer adúltera, para aplicar misericordia.

Pensad un momento que, según lo que Él mismo había dicho, Él era el único que podía condenar legítimamente a esa mujer. Pero en cambio, fue el único que la perdonó. Pensad nuevamente en la escena. Todos acusando a la mujer; el Señor dice: «*El que esté libre de pecados, que arroje la primera piedra*». Todos se van, y queda la mujer, Jesús y los apóstoles, probablemente contemplando sorprendidos; Jesús era el único que podía condenar y arrojar piedras sobre la mujer y, curiosamente, fue el único que no la condenó.

Fue el único que la perdonó. Los otros, que también eran solidarios en el pecado, no fueron capaces de aplicar misericordia; y, sin embargo, el Señor, que nunca pecó, *«porque fue en todo semejante a los hombres menos en el pecado»*, el hombre que nunca pecó, sin embargo, fue el que la pudo perdonar y esto es sorprendente. Uno podría decir: «Claro, es el que tiene “título” para aplicar justicia, y, sin embargo, es el que aplica misericordia». Ese es nuestro Dios, ese es el Señor al que queremos servir.

Y el Señor, no sólo la libró de la pena temporal, -querían apedrearla, es decir, matarla arrojándole piedras-, sino, lo que es más admirable todavía, es que el Señor la libró de las penas eternas, hizo mucho más de lo que jamás podría haber imaginado ningún hombre, y esa es la misericordia del Corazón de Jesús. Siempre va más allá de lo que nuestra mente puede soñar y por eso, perdona a esta mujer, la libra de lo que es el castigo en esta tierra; pero, lo que es más sorprendente, es que la libra también del castigo eternal y por eso le dice: *«Ninguno te ha condenado, Yo tampoco te condeno»*.

Debemos meditar y detenernos en aquellas últimas palabras que dirigió el Señor a aquella mujer: *«Anda, y no peques más»*. Nosotros hemos sido introducidos en la vida de Dios, en la misma vida de Dios, y desde ahí debemos vivir, ahí debemos respirar, ahí es donde debemos permanecer. Todo debemos hacer para conservar este don que el Corazón de Jesús nos ha dado. Él nos ha perdonado, Él nos ha introducido en Su intimidad, y por eso el Señor dice: *«Anda, y no peques más»*. Él es verdaderamente el Médico Divino que se acerca a nuestra enfermedad para curarla y podamos vivir sanos. No es para, por decirlo así, hacer la vista gorda frente a la enfermedad, sino que es para curar la enfermedad. El Señor, con el pecado, no tiene ningún tipo de misericordia, porque la misericordia la tiene con el pecador. El Señor quiere desterrar el pecado de nuestra vida y se da cuenta, porque es Dios, que el mejor modo de hacerlo no es aplicando el castigo, sino la misericordia, que es ese perdón gratuito que Él nos entrega completamente para que nosotros, con agradecimiento, podamos vivir junto a Él.

## ACTOS CONCLUSIVOS

### Coloquio.

Por eso, para acabar como siempre, hablemos con Jesús presente, con nuestra Señora, con los Santos. Que todo coopere para que más íntimamente vivamos en unión con el Corazón de Nuestro Dios. Que esta meditación nos ayude a tener estos coloquios de misericordia con Cristo delante, puesto en Cruz, y caigamos en la cuenta de ese amor gratuito e infinito que Dios tiene por cada uno de nosotros.

Que el Señor os bendiga y os dé la gracia de poder vivir siempre junto a Su Corazón.

En el Nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo.

Amén.